

Fenomenología y hermenéutica a propósito de Paul Celan

*Evodio Escalante**

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

La poesía ocurre cuando el lenguaje, en contra de todas las expectativas, se desvanece.

PHILIPPE LACOUÉ-LABARTHE

Palabras clave: fenomenología, hermenéutica, valor de uso, valor de cambio, sentido, reconstrucción

Al final de un hermoso libro, recientemente traducido a nuestra lengua, *¿Quién soy yo y quién eres tú? Comentario a Cristal de aliento de Paul Celan*, Hans-Georg Gadamer recuerda un pasaje final de *Fedro* en donde Sócrates eleva una oración al dios Pan para solicitarle “de oro tanto como un hombre de sano juicio pueda transportar y llevar consigo”. Gadamer agrega que el de la ciencia también es oro y requiere, por lo mismo, de un uso adecuado. Demasiado fardo, podría suponerse, no sólo entorpece los movimientos, sino que puede despertar una codicia incalculable. Lo que era sano juicio puede terminar en atrocidad. De lo anterior, Gadamer extrae un principio hermenéutico formulado del modo siguiente: “Una interpretación sólo es correcta cuando al final es capaz de desaparecer porque ha penetrado del todo en la nueva experiencia del poema”.¹

* evos@xanum.uam.mx

¹ Hans-Georg Gadamer, *¿Quién soy yo y quién eres tú? Comentario a Cristal de aliento de Paul Celan*, traducción de Adan Kovacsics, Barcelona, Herder, 1999, p. 153.

La sentencia de Gadamer, lo aventuro como una lectura personal, me hace pensar en la hermenéutica como solo una ciencia preparatoria cuya tarea es conducirnos al umbral del poema, de modo tal que, al penetrar en él, podamos vivir sin obstáculos y del modo más pleno posible la experiencia de suyo específica. La hermenéutica sería una llave maestra o un vehículo regio capaz de abrirnos las puertas del poema, pero que no puede sustituir lo que tendría que ser la experiencia personal del mismo, susceptible de ser comunicada, pero que es, a la vez, insustituible e intransferible. El trabajo con los parámetros de lectura, con las ideas previas en torno al texto, con los problemas de la forma y el contenido, y hasta el trazado de la historia de la recepción del texto, acaso corresponden a la hermenéutica; la experiencia del texto en cuanto tal, en cambio, sigue siendo asunto de la fenomenología.

Aunque ya desde su tratado *Ser y tiempo* Martin Heidegger proponía una suerte de híbrido el cual conjuntaría ambas disciplinas con la denominación de *fenomenología hermenéutica* (“La fenomenología del *Dasein* es *hermenéutica*, en la significación originaria de la palabra, significación en la que designa el quehacer de la interpretación”²), algo me hace pensar que, en el fondo, y por más que puedan aproximarse, hay algo de antitético en ellas. En efecto, según queda establecido en este libro, el proyectarse del comprender tiene su propia posibilidad de desarrollo. A este desarrollo de la comprensión se le llama *interpretación*. Ésta no es, pues —como quiera que se la vea—, sino el ponerse en acto de la comprensión. ¿Y en qué consiste la comprensión? De ella lo que se afirma es que tiene siempre la estructura del comprender *algo en cuanto algo*. Sostiene Heidegger: “Lo que la circunspección explícita en su para qué, y precisamente en cuanto tal, lo *explícitamente* comprendido, tiene la estructura de *algo en cuanto algo*”.³ Unas líneas más adelante, reitera Heidegger: “El ‘en cuanto’ expresa la estructura explicitante de lo comprendido; es lo constitutivo de la interpretación”.⁴ Dicho de otro modo, se comprende una *cosa* en cuanto *cosa*, un *útil* en cuanto *útil*, un *vegetal* en cuanto *vegetal*, un *libro* en cuanto *libro*, lo cual implica siempre la presencia de un parámetro previo del que ya se dispone. Comprender es proyectar ese conocimiento previo y comprobar que el objeto por conocer se ajusta a

² Martin Heidegger, *Ser y tiempo*, traducción de Jorge Eduardo Rivera, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1998, § 7, p. 60. Énfasis en el original.

³ *Ibid.*, § 32, p. 172. Énfasis en el original.

⁴ *Ibid.*, p. 173.

la forma mental de la expectativa. Cuando el objeto no se ajusta al molde mental, entonces, lo que se impone es escoger otro molde que haga posible la corrección, o sea, la recta comprensión del objeto. Se podría decir que la tarea de la comprensión es siempre hermenéutica en el sentido de que presupone en todos los casos un *Vorhabe*, un conocer previo, un patrón adquirido con antelación al acto de conocimiento de que se trata. Es este *Vorhabe* en que permite conocer a A en tanto que A.

La experiencia fenomenológica, en cambio, descarta por principio estos patrones adquiridos que posibilitan la homologación de los términos. Lo que a ella le interesa es captar el carácter irreductible de todo fenómeno, siempre que se entienda por fenómeno lo que se muestra en sí mismo, ya porque sea inmediatamente patente o porque puede ser sacado a luz, una vez descorridos los velos que impiden la visión clara y distinta. Fenomenología, en este sentido, quiere decir “hacer ver desde sí mismo aquello que se muestra, y hacerlo ver tal como se muestra desde sí mismo”.⁵ Heidegger comenta que esto no es sino otro modo de reciclar la consigna husserliana de ir *¡A las cosas mismas!*

El negocio de la fenomenología tendría que ser, entonces, la experiencia de la mostración o, si se prefiere, del *desocultamiento*. Desde los tiempos de Hegel, si no me equivoco, la fenomenología se entiende como una experiencia. En Hegel mismo: experiencia de la conciencia. Por supuesto, una conciencia no solipsista, que pasa por el conocimiento del objeto y hasta de las otras conciencias enfrentadas con ella tratando de convertirla, a su vez, en objeto. En el Husserl de las *Meditaciones cartesianas*, echando mano de una terminología vinculada con el idealismo, se trata de un ver con el espíritu las cosas mismas. Sostiene Husserl: “La evidencia, *en el sentido más amplio posible*, es ‘experiencia’ de la existencia y de la esencia de las cosas: un llegar a ver con el espíritu las cosas mismas”.⁶

La cosa, o bien el sentido de la expresión, en el caso del poema, deben *verse*, mostrarse. El trabajo de la hermenéutica no consistiría sino en el intento de aproximar lo lejano, o bien de alejar lo que es próximo, con el fin de permitir una correcta consideración del texto a estudiar, colocándonos, por decirlo así, *en el umbral* de la experiencia que de tal poema tenemos que hacer en tanto lectores. La hermenéutica, así vista, no sería sino un puente que tiende a desaparecer en la

⁵ *Ibid.*, § 7, p. 57.

⁶ Edmund Husserl, *Meditaciones cartesianas*, traducción de José Gaos y Miguel García-Baró, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 52.

medida en que hace posible la experiencia de la obra de arte. Para decirlo de otro modo: la hermenéutica debe confluir en una fenomenología, si no carecería de justificación. Como señala Gadamer en un artículo reciente: “Lo que se llama así no es en realidad otra cosa que, en cuanto lector, seguir al idioma, que es aquí conducido y que manifiesta algo. Precisamente eso que muestra y deja ver, los ‘fenómenos’, es lo que se trata de construir en uno mismo”.⁷

Quizás no sería disparatado señalar que en tanto la hermenéutica se ocupa del *valor de cambio*, la fenomenología se interesa en el *valor de uso* de los textos. Una comunidad interpretativa discute y dialoga acerca de los poemas, intentando crear las condiciones propicias para una correcta lectura de los mismos. Esto tiene relación con el valor de cambio: la institución literaria, las revistas especializadas, los críticos más destacados ponderan el producto y lo recomiendan a otros sectores de la opinión pública. Tal cosa crea las condiciones no sólo de una *homoiosis* correcta, sino también, en un plano más personal, las condiciones de un disfrute en sí intransferible. El peligro de un exceso de hermenéutica, es decir, de una plétora interpretativa, es que esta saturación obstruya el valor de uso implícito en los textos. Es decir, que el poema quede sepultado por sus interpretaciones.

Quizá sobre ningún poeta de la segunda mitad del siglo XX se ha cernido este peligro como sobre Paul Celan, nacido en Czernowitz, entonces ciudad búlgara, de padres judíos pertenecientes a la burguesía de bukowina, Celan es un escritor de lengua alemana sobreviviente de las atrocidades de la Segunda Guerra Mundial. Sus padres son deportados a un campo de concentración y mueren asesinados. Los acontecimientos trágicos de esos años dejan una profunda huella en su poesía. A fines de la década de 1940 se instala en París donde se gana la vida como traductor. Se suicida en abril de 1970 arrojándose al Sena. Antes de ello, Celan ya se había convertido en un autor de culto. Su poesía, calificada de hermética, ha sido pasto de múltiples interpretaciones que no parecen detenerse con el paso del tiempo. Han escrito acerca de él desde Peter Szondi y Otto Pöggeler hasta Jacques Derrida, desde Hans-Georg Gadamer y Rafael Gutiérrez Girardot hasta Philippe Lacoue-Labarthe, quien le ha dedicado recientemente un libro. Coloquios enteros se han ocupado de la interpretación de su obra. En México, José María Pérez Gay ha dado a la prensa una traducción de sus poemas, además trata sobre ellos en su

⁷ Hans-Georg Gadamer, “¿Acceso fenomenológico y semántico a Celan?”, en *Archipiélago*, núm. 37, verano de 1999, p. 36.

novela *Tu nombre en el silencio*.⁸ Un psicoanalista de la Universidad Autónoma Metropolitana, Hans Saettele, se ha ocupado en varios artículos de la controvertida relación entre Celan y Heidegger, a partir de un poema en el que el primero describe su visita a la cabaña del segundo, ubicada en la Selva Negra.

La antítesis de lo judío y lo germánico, nunca tan brutalmente expresada como en su poesía, así como la oscuridad proverbial de muchos de sus textos, donde se supone la influencia de la tradición gnóstica judaica, son sin duda dos de los motivos que han disparado esta verdadera furia interpretativa en torno a la obra de Celan. Ambos motivos de poco valdrían si no anteponeamos la extraordinaria calidad y el interés intrínseco de la obra, esto es, la agudeza con la que disecciona el espíritu de los tiempos así como la eficacia con la que sabe tocar el nervio sensible de sus lectores. La experiencia de muchos de sus poemas concluye a menudo —para nosotros, como *escuchas* de su mensaje— en el anonadamiento. Nos ocurre lo que Celan imagina que le sucedería a un nuevo profeta de barbas blancas si tuviera la mala ocurrencia de pretender aleccionar al mundo de nuestros días: se quedaría en el balbuceo.

La dificultad para captar el sentido, o para *reconstruirlo*, si se acentúa el papel activo de todo lector, tiene un vínculo especial con la estructura de los enunciados. La escasez de la información, el foco peculiar desde donde emanan los enunciados, la apretada sintaxis de muchos de los poemas, los cuales a veces no se componen sino de una sola frase que termina cerrándose sobre sí misma, contribuyen sin duda a este hermetismo. Agregó algo que tiene que ver con una tonalidad muy especial que creo descubrir en Celan: la que aporta el sarcasmo. Algunos de sus temas están velados por el sarcasmo, esto es, por un procedimiento irónico de burla a veces inadvertido por el lector y que, al obviarse, impide en un punto central la comprensión del sentido. Acudo a un ejemplo de mi experiencia como lector. Yo había leído el hermoso poema de Celan titulado “In memoriam Paul Eluard” en la traducción de José María Pérez Gay. Lo que yo alcanzaba a sentir es que algo quedaba indeterminado en su significación. Entendía que era un homenaje a Eluard, esto lo tenía claro desde el título, pero él mismo no acababa de configurarse como tal, algo quedaba suelto hasta el punto de impedir cerrar el sentido. Dicho de otro modo: parecía que el *homenaje* no se consolidaba. Releí el poema en la traducción de Jesús Munárriz, dentro del libro en que apareció, *De*

⁸ Cfr. José María Pérez Gay, *Tu nombre en el silencio*, México, Cal y Arena, 2000.

umbral en umbral, publicado por Hiperión en España. Tampoco acabé de entender el sentido.

Ponle al muerto en la tumba las palabras / que para vivir dijo [...] / Ponle al muerto en los párpados la palabra / que le negó a aquél / que le hablaba de tú, / la palabra / que la sangre de su corazón sorteó / cuando una mano, tan desnuda como la suya, / a aquel que le hablaba de tú / lo ahorcó en los árboles del futuro.

Aunque parece que a Celan no le gustaba que se incluyeran notas en las ediciones de sus poemas, confieso que sólo creí empezar a entender cuando leí una breve nota de Munárriz en las páginas finales de su traducción. La transcribo:

Eluard murió en 1953. Celan alude en su poema a que Eluard se negó a interceder ante sus camaradas comunistas checos para tratar de salvar la vida del poeta de aquel país Zavis Kalandra, condenado a muerte en Praga tras la toma del poder por sus antiguos compañeros. Hay que poner al muerto en los párpados, en vez de una moneda, como en la antigüedad, *la palabra que le negó a aquel que le hablaba de tú* y que hubiera podido salvarle.

Todo se torna de pronto terriblemente claro. El *in memoriam* no es como yo había creído, anonadado de inmediatez, el homenaje ante un muerto que también es poeta, Eluard, sino el reproche elaborado con una gran carga de sarcasmo en torno a ese ser que traicionó a uno de sus hermanos, a uno que le hablaba de tú. En lugar de salvarle la vida, contribuyó, por el contrario, a *ahorcarlo en los árboles del futuro*, expresión en donde considero encontrar otra vez la nota del sarcasmo: los *árboles del futuro* no serían sino los de la fe del movimiento comunista, que se suponía estaba construyendo el futuro glorioso de la humanidad. Ya que me he situado en el asunto de las traducciones, mencionaré que donde Pérez Gay traduce “tomó la mano de aquel / que le hablaba de tú / y la ató a los árboles del futuro”, Munárriz expresa: “cuando una mano, tan desnuda como la suya, / a aquel que le hablaba de tú / lo ahorcó en los árboles del futuro”. Donde el primero *le ata la mano* al personaje en cuestión, el segundo *lo ahorca de cuerpo entero*. Si el sarcasmo es en este caso un posible criterio de verdad, entonces me parece más convincente la traducción de este último.⁹

⁹ Véanse Paul Celan, *Sin perdón ni olvido. Antología*, traducción de José María Pérez Gay, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1998, p. 25, y *De umbral en umbral*, traducción y notas de Jesús

Mucha tinta ha corrido acerca de “Todtnauberg”, el poema donde Celan relata su encuentro con Heidegger en la Selva Negra. El *leitmotiv* de todas las interpretaciones acerca de éste lo constituye el supuesto silencio de Heidegger con respecto a los crímenes de los nazis. Heidegger tenía que haber pedido perdón ante una víctima, así sea indirecta, del holocausto como lo era Celan, cuya poesía, por otra parte, él tendría en alto aprecio. Pero esta palabra nunca llegó. De suerte que, según anota Lacoue-Labarthe, Celan habría regresado de esta visita en estado de desesperación. Lacoue-Labarthe quizá magnifica el episodio al grado de elaborar un excursus acerca del silencio de Dios.

De esto se podría seguir lo siguiente: si Dios existe, existe como un sujeto hablante, y está por lo mismo sujeto al lenguaje. El hecho de que él guarde silencio, de que haya cesado de hablar, quizá nos aparta de la irresistible magnetización que él crea en el lenguaje; nos aparta de la oración. Uno puede entonces entrever una poesía totalmente diferente, que es quizá lo que Celan vislumbró al final, y que lo haría caer en la desesperación.¹⁰

Transcribo el poema en la versión de José Luis Reina Palazón:

TODTNAUBERG

Árnica, alegría de los ojos, el
trago del pozo con el
dado de estrellas encima,

en La
Cabaña

escrita
en el libro
—¿qué nombres anotó
antes que el mío?—
en este libro
la línea de esperanza, hoy,

Munárriz, Madrid, Hiperión, 1997, p. 93. En Paul Celan, *Obras completas*, traducción de José Luis Reina Palazón, Madrid, Trotta, 1999; el traductor vierte de un modo más neutro: “a aquel que le decía tú / enlazó en los árboles del futuro”.

¹⁰ Philippe Lacoue-Labarthe, *Poetry as Experience*, traducción de Andrea Tarnowski, California, Stanford University Press, 1999, pp. 96-97.

en una palabra que adviene
de alguien que piensa,
en el corazón,

brañas de bosque, sin allanar,
satirión y satirión, en solitario,
crudeza más tarde, de camino,
evidente,

el que nos conduce, el hombre,
que lo oye también,

las sendas
de garrotes a medio
pisar, en la turbera alta,

mojado,
mucho.

Dispersión, *stacatto*. Fragmentariedad. Alusiones aquí y allá: en el centro, la esperanza en la palabra advenidera de un corazón pensante. El de la voz llega a la cabaña del maestro, anota su nombre en el libro de visitantes, conjetura las firmas de otros visitantes en un tiempo atrás, guarda una esperanza en el corazón, luego dan un paseo, quizá orientados por un guía. El pasto está húmedo. “Mojado, mucho”.

Robert Altmann comenta así lo que parece ser el núcleo del poema: “Celan escribe algo en el libro de visitantes acerca de su esperanza de que Heidegger diga algo que lo distancie explícitamente de su actitud anterior [se refiere a su compromiso con el movimiento nazi] [...] La respuesta redentora nunca llegó”.¹¹ Hans Saettele coincide en lo básico con esta interpretación. Según esto, Celan habría borrado de la versión definitiva la frase adverbial “sin tardar”, indicadora de impaciencia. Al suprimir esta nota de impaciencia, dice Saettele, es como si Celan “supiera que el pasaje a la palabra intersubjetiva no era fácil y no podía ser exigida al otro”. A lo que agrega: “Celan sufrió por la omisión de Heidegger, lo cual está atestiguado”.¹²

Quisiera aportar una lectura discordante acerca de esta esperanza supuestamente frustrada. Yo no leería de modo literal esta *Hoffnung, heute, / auf eines*

¹¹ Citado por *ibid.*, p. 110.

¹² Hans Saettele, “Decir desde el silencio: Celan y Heidegger”, en Victoria Leal *et. al.*, *Fronteras. Psicoanálisis y otros saberes*, México, Ediciones de la Noche, 1999, p. 62.

Denkenden / kommendes / Wort / im Herzen... Quiero creer que en la mente de Celan, habiendo vivido lo que había vivido, no había lugar para esa forma de la futuridad con *glamour* llamada esperanza. Cuando alguien tiene el futuro aplinado ya no espera nada del porvenir. Lo peor ya ha sucedido. La más siniestra de las catástrofes ya tuvo lugar, no es algo que esté por suceder, ya es parte de la dureza de un pasado que nada ni nadie puede modificar. Un pasado arrastrado por todos y por el cual somos arrastrados, sin que haya mucho que oponer. Para decirlo de otro modo: siento de nuevo, vibrando en el aire, la nota de sarcasmo a la que antes aludí.

En 1960, es decir, siete años antes de su visita a la Selva Negra, al pronunciar su discurso de *El meridiano*, en el que agradece la concesión del premio Georg Büchner, Celan comentaba una errata en la edición de *Leoncio y Lena* de Büchner. Ésta sustituía *Commode Religion* por *Kommende Religion*. La *religión cómoda*, clara nota satírica de Büchner, se corrompe así en una solemne y respetable *religión venidera*. Cito a Celan:

[...] aquí, en las dos últimas palabras de esta obra tengo que ponerme en guardia. Tengo que evitar lo que pasó a Karl Emil Franzos, el editor de aquella primera edición crítica de la obra completa y de los manuscritos póstumos de Georg Büchner, publicada hace ochenta y un años en la editorial Sauerländer de Francfort de Meno; tengo que evitar leer la palabra *commode* (cómoda), que se usa ahora, como *kommen-des* (venidera) como hizo mi paisano, a quien he vuelto a encontrar aquí, Karl Emil Franzos.¹³

Lo que yo me pregunto es si en la espera de *eines Denkenden kommendes Wort* no se está escuchando como transfono esta *comodidad* cómica en la que ya había reparado el propio Celan al realizar su homenaje a Büchner. La tal palabra intersubjetiva, la palabra que brotaría del ser pensante, tendría que ser una palabra *cómoda, comfortable* y, por lo mismo, una palabra de pacotilla, no la palabra del ser. Lo único advenidero aquí sería el sarcasmo con el que Celan mismo miraría hacia atrás, hacia el momento de la visita, y hacia cualquier esperanza absurda que esta visita podría suscitar. Él de hecho estaría *en guardia*, como asegura en el discurso de *El meridiano*, en contra de este *translape* ensordecedor.

¹³ Paul Celan, "Discurso del meridiano", en Paul Celan, *Obras completas*, traducción de José Luis Reina Palazón, Madrid, Editorial Trotta, 1999, p. 509.

Sé que la interpretación expuesta es indemostrable. Se trata nada más, pero y nada menos, que de una hipótesis que dejo al arbitrio de quien pueda escucharme.

Un problema inmediato que se presenta es el de la información. ¿Cuánta información puede aproximarse a la lectura del poema y ayudar a su comprensión? ¿Qué clase de datos es válido tener en mente sin que éstos lleguen a estropear el entendimiento del poema? ¿Es legítimo que yo escuche las resonancias sarcásticas de la palabra *commode* en la palabra alemana *kommende*, invirtiendo la relación que alguna vez hizo incurrir en error a un editor? Gadamer se plantea de algún modo este asunto en su libro sobre Celan. Ahí pone un hermoso ejemplo tomado de las *Elegías de Duino* de Rainer Maria Rilke. Seguramente todos recuerdan este comienzo impresionante: “¿Quién, si yo gritara, me escucharía entre la jerarquía de los ángeles?” Se trata de uno de los pasajes más hermosos que uno pueda citar, no sólo de Rilke sino de la poesía universal. Pues bien, se dice que un amigo de Rilke explicó alguna vez que el verso se le ocurrió al poeta mientras se hallaba en el acantilado de Duino contemplando y escuchando el mar embravecido en un día de tempestad. La anécdota puede ser totalmente cierta, la información puede ser correcta, pero se apresura a decir Gadamer, habría que olvidarla enseguida si se quiere entender lo que realmente dice esta invocación de los ángeles en la poesía de Rilke. ¿Qué debe saber pues el lector?:

La respuesta es la siguiente: debe saber tanto cuanto necesita y puede soportar. Debe saber tanto cuanto puede y debe aportar realmente a su lectura del poema, a su escucha del poema. Sólo lo que soporta su oído poético sin ensordecer. Será a menudo bastante poco, pero seguirá siendo más que si es excesivo.¹⁴

Me gustaría reciclar un refrán popular. *Ni tanto que queme al santo, ni tan poco que no lo alumbre*. Pero no habría que recurrir a fórmulas hechas, o bien a una supuesta *phronesis* o prudencia interpretativa que se aplicaría mecánicamente, desde afuera y sin discriminar las circunstancias. Lo que más me impresiona en ese pasaje de Gadamer es su apelación a un supuesto *oído poético*. Leer un poema es *escuchar* un poema y, si no se tiene un oído literario, no será posible comprender otra cosa, excepto lo que uno comprende leyendo un artículo de periódico. El recurso al *oído poético* me parece esencial. Advierto, de antemano,

¹⁴ Hans-Georg Gadamer, *¿Quién soy yo y quién eres tú?*, op. cit., p. 153.

el difícil estatuto epistemológico de la expresión, que no creo que uno pueda encontrar en libros de semiótica ni en los tratados de poética estructural dados a leer en la escuela. Tal noción se encuentra más allá, o más acá, de los paradigmas de comprensión propuestos por los libros de texto... y sin embargo, pienso que en este punto Gadamer da con una noción esencial. Quien juzga, quien comprende, quien se deleita es en todos los casos el oído poético. Uno puede contar con una sabiduría enciclopédica, o saberse más o menos de memoria los tratados al uso, uno puede ser un experto en la teoría de la metáfora, pero si no cuenta con un cultivado y fino *oído poético* no será capaz de entender (ni de disfrutar) nada de lo que surge como poema.

Tener un *oído poético*, me gustaría agregar, no siempre es oír más, puede ser también una disminución de la escucha, una reducción que tendría que apuntar a lo medular, eliminando de tal suerte todos los agregados. Algo me hace pensar que el propio Celan era muy consciente de esta condición de la lectura, sobre todo en lo concerniente a sus poemas. En su “Discurso del meridiano”, verdadera declaración *poetológica*, Celan sostiene que el poema absoluto no existe, y no puede existir, pero hay en todos ellos esa pretensión inaudita de ser lo que no puede ser. Dada esta poderosa forma de inexistencia, Celan se pregunta qué cosa podrían significar entonces las imágenes y los tropos del poema. Él mismo contesta: “Lo que se ha percibido y lo que se ha de percibir sólo una vez, siempre una vez y sólo ahora y sólo aquí. El poema sería así el lugar donde todos los tropos y metáforas nos invitan a reducirles al absurdo”.¹⁵

Se diría que esta declaración de Celan subraya lo que hay de valor de uso en el poema: lo que se ha de percibir una vez y sólo ahora y sólo aquí, en el uso, en el desgaste, en el frotarse del lector con los enunciados, disposición a la vez puntual e intransferible: *sólo ahora y sólo aquí*. Pero se diría, también, que Celan apunta a la anulación de tropos y metáforas. Él era alérgico a que se leyera el poema como una metáfora y, todavía más, como una alegoría. Lo que el poema pretende es que reduzcamos al absurdo las metáforas. Que no amplíemos la significación, sino que la reduzcamos. Que no leamos las metáforas metafóricamente, esto es, como derramamientos del sentido, sino literalmente, a la letra, como incisiones. ¿Así debe entenderse esta enigmática *reducción al absurdo*? En dado caso, me parece que hay un muy breve poema de Celan que confirma esta sugerencia de lectura:

¹⁵ Paul Celan, “Discurso del meridiano”, en Paul Celan, *Obras completas, op. cit.*, p. 507.

NO TE INSCRIBAS

No te inscribas
entre los mundos.
Levántate contra
la diversidad de significados.
Confía en la huella de las lágrimas
y aprende a vivir.¹⁶

“Confía en la huella de las lágrimas”, esto es, confía en el lenguaje como inscripción.

¹⁶ Paul Celan, *Sin perdón ni olvido*, *op. cit.*, p. 29.